

ODAS NEMEAS



ODA PRIMERA

A CRÓMIO ETNÉO,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡VÁSTAGO de la noble Siracusa,
Ortigia sacra, que reposo á Alféo
Diste cuando corrió tras Aretusa!
Los rápidos corceles, que el Neméo
Triunfo obtuvieron, cantará mi musa;
Y á Crómio al celebrar, y á Jove Etnéo,
Empezaré por tí, cuna de Diana,
Y de la errante Délos bella hermana.

Merced á su cuadriga vencedora
 (Del valiente garzón primera prueba)
 De los Dioses la mano protectora
 De la gloria á la cúspide lo lleva.
 ¡Oh Musa, del combate admiradora!
 Con espléndido canto al cielo eleva
 La que asignó por dote á Proserpina
 El Señor del Olimpo, isla divina.

Agitando la excelsa cabellera,
 De la fértil Sicilia hacerla jura
 Reina, y de sus ciudades la primera;
 Y un pueblo á quien deleita la armadura,
 Y el corcel de batalla, y la carrera,
 También le da, que cifra su ventura
 En las coronas de oro, oliva y flores,
 Premio de los Olímpicos sudores.

Es sublime el encomio, pero justo,
 Y elevaré cual nunca mis canciones
 Hoy, que banquete de exquisito gusto
 Me aguarda en los espléndidos salones
 Que abre á huéspedes mil prócer augusto.
 Modelo de magnánimos varones,
 El fuego de mordaz maledicencia
 Con agua extingue de gentil clemencia.

Orna á cada mortal dón diferente:
 Si á la gloria llegar quieres derecho,
 Sigue la inclinación que tu alma siente.
 Requiere el lidiador robusto pecho,
 Y el gobernante previsora mente,
 Que del futuro tiempo esté en acecho.
 En tí vigor y previsión aduna,
 ¡Hijo de Agesidamo! la fortuna.

Que no oculte jamás (al cielo plegue)
 En mis arcas inútiles riquezas;
 Favores al amigo nunca niegue
 Mi mano, á ejemplo tuyo; y mis larguezas
 A tanto suban, que mi fama llegue
 A la alta cumbre que á escalar empiezas;
 Que á todo pecho emprendedor alcanza
 De cubrirse de gloria la esperanza.

Tu primera victoria es buen agüero
 De más gloriosas y mayores lides.
 ¡Crómio feliz! Vaticinarte quiero
 Tu futuro esplendor, nuevo Everides;
 Y en dulce verso narraré el primero
 Triunfo que obtuvo el pequeñuelo Alcides,
 Al ver la luz, con su gemelo hermano,
 El vástago de Jove soberano.

Juno lo ve desde su régio asiento,
 En cuna de oro y cándidos pañales.
 La devoran los zelos, y al momento
 La Reina de los Dioses inmortales
 Dos dragones envía: al aposento
 Penetran por los fáciles umbrales,
 A los niños terríficos enlazan,
 Y vivos engullirlos amenazan.

Con la cabeza erguida se levanta
 Hércules, y hace su primer ensayo,
 A ambas serpentes asiendo la garganta
 Con tanta fuerza, que letal desmayo
 De los dragones el furor quebranta
 Hasta morir. Cual subitáneo rayo
 Entra el terror, y á las esclavas llena,
 Que al lecho velan de la bella Alcmena.

Ella sale tambien, aunque desnuda,
 Del lecho, y á los mónstruos se abalanza;
 Un Tebano escuadrón viene en su ayuda,
 Armados todos con loriga y lanza:
 Su acero esgrime, víctima de aguda
 Pena Anfitríon, y á su cabeza avanza;
 Que el propio luto nos desgarran el seno,
 Aunque pronto olvidamos el ajeno.

Terror y admiración el padre siente
 Al ver tanto valor, y tan extraña
 Fuerza en un niño; el cielo así clemente
 Del anuncio fatal lo desengaña.
 Al Profeta de Jove omnipotente,
 Que lee lo porvenir en cada entraña
 De las aves, Tiresias su vecino,
 Llama Anfitríon, y acude el Adivino.

A la Tebana multitud, que atenta
 Escucha el vaticinio, las gloriosas
 Penas, y hazañas del infante cuenta.
 Cuántas, en tierra, fieras perniciosas
 Su invicta mano domará sangrienta,
 Y cuántas en las ondas borrascosas;
 A qué malvados de la raza humana
 Justiciero dará muerte temprana:

Todo el vate narró. De los Gigantes
 Predice, y de los Númenes la guerra:
 Hércules, con sus flechas penetrantes
 A los mónstruos hará morder la tierra
 En los campos de Flegra. Tras brillantes
 Proezas, su carrera al fin se cierra
 Yendo entre los celestes moradores
 El premio á recoger de sus labores.

Perpétua paz y dicha sempiterna
 Allí le aguarda, y eternal reposo:
 Se enlazará con Hébe, vírgen tierna
 De juventud perenne y rostro hermoso;
 En la dorada habitación paterna
 Hará el nupcial banquete suntuoso,
 Y de Saturnio Júpiter al lado
 Vivirá, de los Números amado.



ODA SEGUNDA

A TIMODEMO DE ATENAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Es ley de los Homéridas
 Armónicos cantores,
 De Júpiter Olímpico
 Siempre con los loores,
 Sus dulces himnos épicos
 Devotos empezar.

El héroe de mi cántico,
 Así el primer trofeo
 Obtiene en los certámenes
 Sagrados del Neméo
 Bosque, do reina Júpiter
 Cual Númer tutelár.

Si por la senda plácida
Sin vacilar camina,
Que hizo á su padre célebre;
Y el Hado lo destina
A ser de Aténas bélica
Decoro y esplendor,

Que vencerá en los Ístmicos
Combates yo le auguro:
Y aún en la arena Pítica
Aguarda de seguro
De Timonóo al Vástago,
La codiciada flor.

Orión así á las Pléyades
Siempre á seguir se inclina;
Sabe formar intrépidos
Guerreros Salamina:
De Ajax el brazo indómito
Héctor en Troya vió.

¡Oh Timodemo! Gózome
De ver crecer tu gloria
Con nueva hazaña atlética:
Narra la antigua historia
Que Acarnia hijos magnánimos
Á Grecia siempre dió.

Jamás un Timodémida
Saltó á la arena ardiente,
Sin que laurel espléndido
Ciñera su alba frente.
Cuatro al Parnaso altísimo
Tus padres deben ya.

Al pié de aquellos ásperos
Montes, en cuyas faldas
Salió triunfante Pélope,
Hasta hoy ocho guirnaldas
De los Corintios ínclitos
La decisión les da.

En Nemea su mérito
Ha conquistado siete.
¿Quién computar el número
De lauros acomete,
Que en los juegos de Egíoco
Les diera su Ciudad?

¡Cantad, hijos del Ática,
Hoy que al nativo puerto
De flores honoríficas
Torna el jóven cubierto:
Mil himnos eucarísticos
A Júpiter cantad!



ODA TERCERA

A ARISTOCLIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

VEN ¡oh Musa divina!
Escucha ¡oh Madre! mis ardientes ruegos,
Y baja á la isla Dórica de Egina,
La hospitalaria, en este mes famoso
Que santifican los Neméos juegos.
En las riberas del Asopo undoso,
De jóvenes cantores
Dulce coro te aguarda numeroso,
Que por oír ansía

De tu celeste voz la melodía.
 Con los mismos honores
 Hechos diversos compensar no es justo;
 Y el mejor galardón á la victoria
 Del luchador robusto,
 Es el canto de gloria
 Que acompaña á virtudes eminentes,
 Y se complace en coronar las frentes.

Concede á mis sudores
 De este canto gentil grande abundancia;
 Y tú, que eres su prole, himno sonoro
 Entona á Jove, que elevada estancia
 Entre las nubes tiene: de aquel coro
 Transmitiré á las voces y á las liras,
 Cuanto benigno á tu cantor inspiras,
 Y agradará mi acento
 Al que es de Egina lustre y ornamento.
 Fueron los Mirmidones
 Primeros en poblar la isla felice,
 Y de aquellos perínclitos varones
 El fuerte Aristoclídes no desdice.
 Con ímpetu acosado
 En el *pancracio*, por atleta osado,
 Merced á tu armonía

Señal no dió de infame cobardía.
 De los Neméos valles hoy en medio
 Con dulces himnos sus trabajos pagas,
 Saludable remedio
 Del vencedor á las profundas llagas.

¡Oh! Ya que á tu gallardo continente
 Y varonil belleza,
 Iguala de tus hechos la grandeza,
 ¡Vástago de Aristófanes, deténte!
 No es fácil recorrer vedados mares,
 Dejando atrás de Alcides los pilares.
 Eternos monumentos
 De su extremo marítimo camino,
 Allí los puso de Hércules divino
 La mano, sobre hondísimos cimientos.
 Enormes alimañas
 Él domeñó en el piélagos; y llevado
 De su espontáneo amor á las hazañas,
 Exploró cada fuente,
 Cada escollo y corriente
 Hasta do puede por el mar hinchado
 Avanzar un bajel (con la esperanza
 De que su prora vuelva) hácia Occidente,
 Y de la tierra el límite apartado

El héroe señaló. ¿Mas dó me lanza
 El viento de mi génio? ¿Á qué extranjero
 Promontorio ha arrojado mi navío?
 A Éaco y á Egina, el canto mio,
 Y á su progenie, que enderece quiero.
 Es cierto, sí, que celebrar es justo
 Toda proeza de varón augusto;
 Mas no conviene al vate
 Que amor de extraña gloria
 Á peregrinas playas lo arrebate.
 Busca tus héroes en la patria historia,
 Y hallarás, musa mia, amplio argumento
 Para entonar dulcísimo conuento.
 Del Rey Peléo canta la victoria,
 Célebre en las antiguas tradiciones
 Por la que él se forjó, robusta lanza.
 Él solo, sin legiones,
 Á Jólcos toma. Á Tétis la marina,
 No sin trabajo, vencedor domina,
 Y, aunque humilde mortal, su mano alcanza.

Á Yoláo asociado
 Derriba Telamón armipotente
 A Laomedonte osado;
 Y con él, al ejército valiente

De fieras Amazonas, que maneja
 Arcos de bronce, delgado deja.
 No disminuye el miedo
 Que á tantos hombres domador abate
 El singular denuedo
 Que ostenta su alma en desigual combate.
 El natural valor al hombre inclina
 A grandes hechos: quien nació cobarde,
 Aunque merced á dura disciplina
 Quiera hacer de proezas vano alarde,
 De empresas mil y mil en pós camina,
 Y con incierta planta,
 Aunque vaya doquier, nada adelanta.

En casa de Filira, el rúbio Aquíles
 Niño aún, cada día
 Cual juegos infantiles
 Hazañas colosales emprendía.
 Ya lanzaba veloz agudo dardo
 Igual á los furiosos aquilones;
 Ya un jabalí mataba, ya un leopardo,
 Ya luchaba con hórridos leones:
 Y al Centauro instructor (hijo querido
 De Saturno) llevábale delante
 Del animal vencido

El cuerpo palpitante.
 ¡No contaba seis años el infante!
 Llenas de asombro lo miraban Diana
 Y la armada Minerva,
 Cazar cada mañana,
 Ya el corzo corredor, ya la ágil cierva,
 Sin ayuda de lazos ni lebreles,
 Pues su pié superaba á los corceles.

Refiero lo que antiguas tradiciones
 Me mueven á contar. Al antro vino
 Del prudente Quirón, Jasón divino
 Á recibir lecciones.
 Allí sus salutíferas pociones
 Á mezclar enseñó con mano suave
 Al glorioso Esculapio, el viejo grave.
 Él al casto Peléo
 Unió benigno con nupciales lazos
 Á la hija de Neréo,
 Tétis gentil, de encantadores brazos.
 De aquella unión sagrada
 Al vástago sublime, á Aquíles fuerte,
 Educa de tal suerte,
 Que el ponto cruza, y frente á Ilión sitiada
 Las huestes anonada

De Dárdanos infantes; y de Frigia
 Y de Lícia dispersa á los guerreros,
 Y al desafiar de Etiopía á los lanceros,
 Á su jefe Memnón manda á la Estígia.
 ¡Pobre primo de Heleno!
 Volver no pudo de su patria al seno.

Auréola esplendente
 Que ni clima ni edad borra ni empaña,
 Despues de tanta hazaña
 Orna de los Eácidas la frente.
 ¡Jove! Tu sangre son: tuya es la liza
 Que el cántico eterniza,
 Que al armonioso coro
 De jóvenes, de Egina honra y decoro,
 Para entonar en tu loor trasmite.
 Bien de alabanza el grito
 Aristoclídes vencedor merece,
 Por quien, de la isla bella
 Que lo viera nacer, la fama crece.
 Por él alta descuella,
 En alas de la dulce poesía,
 De sacerdote del crinado Apolo
 La dignidad *Teária*, que en él solo
 Unida, hace brillar su valentía.

La que todo lo aclara, la experiencia,
 En las Neméas lides
 Probó de Aristoclídes
 La atlética excelencia.
 Niño, vence á los niños sus iguales,
 Varón, á los varones siempre humilla,
 Anciano fresco, entre los viejos brilla,
 Ilustre en cada edad de los mortales.
 Pues de su vida se prolonga el hilo,
 Pensar ya le conviene
 En el destino que á sus plantas tiene,
 Y otras virtudes cultivar tranquilo.

¡Querido amigo, adios! Dichoso vive
 Y este precioso vaso
 Con miel y blanca leche del Parnaso,
 Ofrenda de amistad, grato recibe.
 Mezclado va dulcísimo rocío,
 Dón de las Musas, y el sabroso aliento
 Que despide el Eólico instrumento:
 Acepta mi cantar, aunque tardío.
 Que me asemejo, sabes,
 Al águila, señora de las aves,
 Cuando ligera de las nubes baja,
 Y en víctima sangrienta

Sus garras agudísimas encaja,
 En tanto que la turba macilenta
 De viles grajos, el rastrero vuelo
 Graznando siguen sin dejar el suelo.

Con el favor de Clío,
 Que soberana mi cantar sublima,
 Eternamente brillará el que anima
 Tu heróico pecho, sobrehumano brío,
 Y que guirnalda te ciñó, preclara,
 En Epidauro, en Néme, y en Megara.

